



Comentarios al libro de Eugene Gogol, *El concepto del otro en la liberación latinoamericana*

José Ramón Fabelo Corzo*

Eugene Gogol. *El concepto del otro en la liberación latinoamericana*. México: Casa Juan Pablos, 2004. 369 pp.

Guiada siempre por la brújula de la emancipación social, esta obra de Eugene Gogol destaca, en primer lugar y como lo indica su subtítulo –*La fusión del pensamiento filosófico emancipador y las revueltas sociales*–, por ser un fecundo intento de análisis de la vinculación entre teoría y praxis, entre pensamiento y acción, en un contexto como el latinoamericano, signado históricamente tanto por la opresión como por la resistencia.

El segundo momento que llama la atención de este libro es su pretensión de rescate del contenido revolucionario de la dialéctica de Hegel, figura muchas veces identificada únicamente con su visión eurocéntrica, conservadora y terminal de la historia. Sin desconocer estos elementos, Gogol centra su atención en aquel indiscutible aporte del gran filósofo alemán que sirvió de fuente para la elaboración por Marx de su teoría revolucionaria: la dialéctica hegeliana.

En particular, este texto tiene la intención de rastrear el recorrido del concepto del "otro" desde la dialéctica del amo y el esclavo en Hegel y desde otros momentos importantes del propio pensamiento hegeliano, asociados sobre todo al análisis de las implicaciones emancipatorias del proceso de autoconciencia del otro, pasando de ahí a Marx y su proyecto revolucionario, por un lado, y, por otro, a América Latina, tanto en lo referido a su realidad histórica de opresión capitalista, como a la resistencia y oposición que a ella se ha enfrentado desde el pensamiento y la praxis.

Las cuatro partes que integran el libro siguen precisamente esta lógica: desde los fundamentos filosóficos del otro (parte I), pasando por la realidad opresora del otro del capitalismo en América Latina (parte II), hasta promover una subjetividad revolucionaria en busca de la autoliberación del otro (parte III). Por fin, la parte IV está dedicada a mostrar el lugar central del otro revolucionario tanto en lo filosófico como en lo organizacional, sirviendo de puente para el paso de lo uno a lo otro, de lo teórico a lo práctico y viceversa.

De tal forma, aparecen "conectados" en una peculiar simbiosis fenómenos tan aparentemente alejados en tiempo, en espacio y en dimensiones de la actividad humana como son, por ejemplo, la *Fenomenología del espíritu* de Hegel y el Movimiento de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina.

En este recorrido analítico por la teoría y la praxis son convertidos en objeto de estudio, además de Hegel y Marx, pensadores latinoamericanos como José Carlos Mariátegui, Augusto Salazar Bondy, Leopoldo Zea, Enrique Semo, Arturo Andrés Roig, Enrique Dussel, Octavio Paz, Aníbal Quijano y Gustavo Gutiérrez,

* Profesor-investigador de la Maestría en Estética y Arte BUAP

al tiempo que se aborda la experiencia de procesos sociales emancipatorios como las revoluciones de Cuba y Nicaragua, los movimientos guerrilleros, las luchas indígenas en diferentes países, en particular el zapatismo, así como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil y el ya mencionado de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina.

A pesar del ambicioso y abarcador recorrido que el autor realiza siguiendo la huella del otro en el pensamiento y en la praxis latinoamericanos, me llaman la atención dos ausencias a mi juicio muy importantes.

La primera está relacionada con lo que podríamos llamar el concepto del otro en José Martí. Ubicado cronológicamente en el siglo XIX y antes de que la huella de un Hegel o un Marx se hiciera sentir con fuerza en América Latina, en Martí encontramos una exaltación del otro, del pobre, del explotado (del esclavo, diría Hegel), en su capacidad tanto epistemológica, como práctico-emancipadora. Bastaría para recordarlo aquella famosa frase martiana: "Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar"; o aquella otra: "La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen". Y no se trataba sólo de frases. La propia vida de Martí fue un permanente llevar a la práctica su visión ecuménica del otro. Por eso vino a morir junto con el otro en los campos de batalla de Cuba. Y tampoco se trata de un apego romántico o chovinista a un pensador tan latinoamericano como José Martí, con el simple propósito de hacerle justicia cual mera pieza de museo. Nada de eso. La Revolución Cubana que, según palabras del propio autor, marcó una importante línea divisoria en América Latina, fue (y es) más martiana que hegeliana e, incluso, que marxista. Por esa razón, en 1953, al ser indagado en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada, Fidel Castro respondió que el autor intelectual de ese hecho había sido –58 años después de su muerte– José Martí.

El otro hecho que llama la atención está referido a un movimiento social que, a pesar de haber arribado al poder y haber realizado ya importantes contribuciones a favor del otro, no aparece analizado en el libro. Me refiero a la Revolución Bolivariana de Venezuela, en muchos sentidos novedosa y que, sin embargo, ha sido minimizada por el pensamiento de izquierda. Tal vez la prematura convicción de su derrota, supuestamente inevitable, haya influido en ello. Pero lo cierto es que se trata de una praxis viva que está llevando educación, salud, vivienda, cultura y deporte a las masas empobrecidas que jamás pudieron usufructuar esos beneficios de la "civilización". Es, además, una prueba testimonial de la posibilidad de una lucha victoriosa del "esclavo" contra la aparentemente invencible fuerza de los medios de comunicación en poder del "amo". Este hecho práctico tiene a mi juicio una importancia global como argumento contra la tesis nihilista posmoderna sobre la impotencia de cualquier acción que quiera ir contra el simulacro de los medios.

A pesar de cualquier ausencia que, en principio y de estimarse necesario, podrá ser corregida por el autor en nuevos trabajos o en nuevas ediciones de éste, no podemos dejar de concordar con el espíritu y principal conclusión de este libro, vinculados a la necesidad, por un lado, de atrapar la dinámica práctica de los movimientos sociales en cualquier filosofía que procure mantener un perfil emancipatorio y, por otro lado, de armar filosóficamente a los propios movimientos prácticos, de manera que puedan insertar sus legítimas demandas de emancipación dentro de un proyecto global de justicia social. Por una nueva unidad de la teoría y la práctica, de la revolución y la filosofía, ése es el mensaje principal que, a mi juicio, nos deja esta obra.